

## **Romanos 10:8-13**

Sermón Romanos 10:8-13 Primer domingo de Cuaresma, 1998

Lecturas: Deut 26:5-10

Romanos 10:8-13

Lucas 4:1-13

Romanos 10: 8-13.

Más bien, ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón.

Esta es la palabra de fe que predicamos: 9 que si confieras con tu boca que Jesús es el Señor, y si crees en tu corazón que Dios le levantó de entre los muertos, serás salvo. 10 Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación. 11 Porque la Escritura dice: Todo aquel que cree en él no será avergonzado. 12 Porque no hay distinción entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos es rico para con todos los que le invocan. 13 Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo.

Frecuentemente, aun entre los que son cristianos, se oye la pregunta: ¿Por qué Dios parece estar tan lejos de nosotros? Esta pregunta suele expresarse en momentos de dolor y tristeza, frente a las grandes tragedias personales, o aun al ver tanto sufrimiento en el mundo, las catástrofes que se nos muestran tan a menudo en las pantallas de nuestros televisores. Se expresa cuando algo lleva a las personas a dudar de la presencia y cuidado personal de Dios, cuando suceden cosas que a nuestro parecer no son compatibles con la presencia de un Dios de amor.

¿Pero realmente tenemos razón en dudar de la presencia de Dios y de Cristo? ¿Está realmente lejos de nosotros? ¿Nos ha abandonado y se ha dejado de interesar en nosotros? Nuestro texto nos responde un enfático “no” a todas estas preguntas. Nos recuerda que mientras tenemos la palabra, tenemos a Cristo, muy cerca de nosotros. Y tal vez no haya otra estación en que la palabra nos presenta más cerca de nosotros y nuestras necesidades que esta estación de la Cuaresma en que hemos entrado en esta semana. Porque en esta estación, al acompañar a Jesús en su camino a la cruz, en su amargo sufrimiento, en su juicio y sufrimiento, vemos a un Jesús que no está lejos del

sufrimiento y la agonía, sino un Jesús que ha sufrido todo lo que es posible sufrir, — por nosotros y para nuestra salvación. Y en su resurrección después de ese sufrimiento, vemos también la victoria que puede levantarnos a nosotros de nuestra desesperación y angustia a la gloriosa esperanza de nuestra propia vida eterna.

Meditemos luego en el tema: Cristo está con nosotros. ¿En dónde está Cristo? Nuestro texto nos dice que está en la palabra del evangelio para obrar la fe. “Más bien, ¿qué dice? *Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón*”. Cristo no está lejos de nosotros. En donde está la palabra, allí está Cristo mismo, con todas sus promesas y con todas sus bendiciones. Es por esto que Pablo ha citado del libro del Antiguo Testamento, Deuteronomio, y ha aplicado las citas a Cristo mismo y a la palabra del evangelio. “*No digas en tu corazón, "¿Quién subirá al cielo?"* (esto es, para hacer descender a Cristo) ni “*¿Quién descenderá al abismo?"* (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Más bien, ¿qué dice? *Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón*”. Nos recuerda de que la palabra está cerca.

No hay necesidad de subir al cielo para bajar a Cristo. Es cierto que Cristo ha ascendido al cielo, de modo que no lo vemos ahora en el tiempo de espera hasta que venga otra vez visiblemente para juzgar a los vivos y a los muertos. Pero no por eso está ausente. Está tan cerca a nosotros como nuestras Biblias, en donde tenemos el testimonio de todo lo que Cristo ha hecho por nosotros. Está tan cerca como nuestro corazón, en donde toma residencia esa palabra para obrar la fe en Cristo.

No hay necesidad de bajar al sepulcro para traer a Cristo de los muertos. Es cierto que en la Cuaresma especialmente vemos a Cristo sufriendo y muriendo, y lo vemos puesto en un sepulcro. Pero no se quedó allí, sino que resucitó glorioso de los muertos, y así ha derrotado también para nosotros la muerte y el infierno. “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?” El Cristo que proclamamos es el Cristo crucificado, porque con su muerte en paga por nuestros pecados nos ha redimido de todas nuestras transgresiones y ha pagado todo nuestro castigo. Pero también proclamamos al Cristo Resucitado, porque su triunfo sobre la muerte es también la declaración de que su muerte fue una paga suficiente para nuestros pecados, que ya no hay que temer, sean las que fueran las circunstancias que se nos presenten en la vida. Y todo esto se nos viene en la palabra.

La palabra está en nuestra misma boca y corazón. Es una palabra que se proclama en la iglesia. En 1 Corintios Pablo dice: “Porque me propuse no saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a él crucificado”. Un poco antes había resumido su mensaje como “el mensaje de la cruz”. Con esta palabra resume su mensaje. Proclama que todas las obras de los hombres son vanas para procurar la salvación, que no hay quien hace lo bueno, que por lo tanto todos como están por naturaleza están condenados por Dios. Condena la injusticia, la falta de amor, las pequeñas mentiras con las cuales buscamos cubrir nuestra desobediencia y sobre todo la idolatría que consiste en poner cualquier cosa o deseo por encima de Dios y su voluntad. Todo esto solamente trae el juicio y la condenación. Si esto fuera todo, Dios estaría muy lejos para ayudar, pero muy cerca para juzgar y condenar. Eso nos dejaría echados para siempre de la presencia de Dios en las llamas del infierno. Y todos nuestros esfuerzos por librarnos de ese terrible destino, todos nuestros esfuerzos por reformarnos no nos podrían ayudar en nada, porque “Moisés escribe de la justicia que es por la ley: *El hombre que haga estas cosas vivirá por ellas*”. Con “estas cosas” se refiere a todo lo que está escrito en el libro de la ley de Dios. ¿Pero quién las hace como Dios exige que sean hechas, perfectamente, sin falla, sin error? La Biblia misma da la respuesta: “No hay justo, ni aun uno”.

Pero no es de esta palabra de que habla Pablo, sino de la palabra de la justicia de la fe. Esta palabra, que declara que la obediencia de Cristo se cuenta ahora como nuestra justicia, que con la muerte de Cristo, se ha pagado ya la paga de nuestros pecados, que la resurrección de Cristo confirma nuestro perdón, todo esto es lo que Pablo llama aquí la palabra que está cerca, en nuestra boca y corazón. Porque esta palabra realmente es una palabra que entra en el corazón.

Es más que sonidos que se articulan con la garganta. Es más aun que palabras que comunican conceptos. La palabra de que habla Pablo es una palabra única, una palabra que tiene poder que ningún otro mensaje en el mundo tiene. Porque esta palabra es el “poder de Dios para salvación para todo aquel que cree”. No solamente habla acerca de Cristo, presenta a Cristo, y no solamente habla acerca de la justicia por la fe, sino produce esa fe en el corazón. Así Pablo sigue describiendo esa palabra como “la palabra de fe que predicamos”.

Es una palabra de fe, que produce fe. Pablo la llama una palabra de fe, porque este es el efecto de esta palabra. Toma corazones de piedra y los convierte en corazones de carne. Toma a enemigos de Dios y les convierte en amigos creyentes, que ahora aman a su Salvador. Es la palabra implantada que puede salvar nuestras almas. Y cuando esta palabra toma residencia en nuestro corazón por la fe, Cristo mismo reside allí con toda su gracia, todo su consuelo, todo su perdón. Así con la fe, tenemos la salvación (v. 11).

Pablo cita a Isaías, que dice: “Porque la Escritura dice: *Todo aquel que cree en él no será avergonzado*”. La fe no es otra cosa sino poner la confianza en Cristo y los resultados de su obra en la cruz para la salvación. La persona que pone su esperanza y confianza para gloria futura en cualquier otra cosa será avergonzada, es decir, será desilusionada. Verá que la cosa en que confió fue un apoyo de papel, que se derrumba cuando más se necesita. Pero no será así con la persona que confía en la palabra de fe, la palabra que proclama la salvación en Jesucristo. “El que cree en el Hijo, tiene la vida eterna”.

El Cristo que viene a nosotros en la palabra y mora en nuestro corazón por la fe no es algo muerto e inactivo. Al contrario, está en el corazón para producir los frutos de la fe. Nuestro texto habla de dos cosas: “que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y si crees en tu corazón que Dios le levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación”. Aunque para conformarse con el orden de los términos en el pasaje de Deuteronomio que ha citado habla primero de la confesión y luego de la fe, luego pone el orden al revés. Nosotros los consideraremos en términos de causa y resultado.

Primero es la fe en el corazón para justicia en el Cristo resucitado de los muertos. De esto hemos hablado ya en la primera parte del sermón. Tan pronto que el Espíritu Santo ha obrado una chispa de verdadera fe en el corazón de la persona, esa persona ya es justificado delante de Dios. Es decir, Dios mismo ha declarado a ese pecador justo, sin pecado, sin mancha alguna delante de él. El texto dice que eso es el caso con el que cree que Dios levantó a Cristo de los muertos. La resurrección es central porque pone el sello divino sobre todo lo que Cristo propuso hacer con su vida, su sufrimiento y su muerte. Es la

declaración inequívoca de parte del Padre de que Jesús es en verdad su Hijo y el Salvador del mundo, y que los pecados nuestros que fueron cargados en él han sido totalmente expiados con el perfecto sacrificio de Cristo. Creer que Dios le levantó de los muertos, en el verdadero sentido, es creer que Cristo realmente es nuestro Salvador del pecado, la muerte y el poder del diablo. Tal persona es justa, y tal persona tiene la salvación.

Pero la persona que tiene esta fe en el corazón mostrará los efectos de esa fe. La palabra que llena y da gozo al corazón subirá también a los labios, y resultará en una gozosa confesión de Jesucristo como nuestro Señor. Así el resultado es la confesión con la boca de que Cristo es el Señor para salvación. Esto es fruto de la fe que se apropia de Cristo mismo y su mérito y salvación.

Tenemos que reconocer que aquí tratamos con un resultado de la fe en el corazón, la fe que se apropia de Cristo y su redención, y que así es el único medio de salvación. En cuanto a la confesión, ésta es la evidencia pública y prueba de la fe del corazón.

Cuando la gente aclamó a Jesús en el Domingo de ramos, y los fariseos lo reprendieron por permitirlo, Jesús dijo que si éstos no le alabaran, las mismas piedras clamarían. Un cristiano que no sintiera ninguna necesidad de confesar su fe, de alabar a su Salvador, sería más muerto que las piedras, una verdadera contradicción. El cristiano, con sus palabras y su vida, constantemente hace confesión de que Jesús es su Señor. Lo hacemos en el culto, con el Credo y los himnos, y lo hacemos en el mundo, cuando hablamos a nuestras familias o vecinos de Cristo, y lo hacemos cuando permitimos que el Espíritu guíe nuestras vidas para que se conformen con la voluntad de Dios.

Así la fe sigue primero como único medio de salvación, pero esta fe es viva y activa. Así a la confesión que da evidencia también se le atribuye la salvación. La fe en el corazón no se puede ver. El fruto es lo que da testimonio público de su existencia. Asegurémonos, entonces, de que tenemos la verdadera fe en el corazón, y luego confesemos gozosos esa fe en Cristo como nuestro Señor. “Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación”.

Hemos dicho que en la palabra es Cristo mismo que viene a nosotros. Pero tal vez dudemos. Tal vez pensemos que es imposible que Cristo venga o tome residencia en nosotros que somos tan pecadores por naturaleza. Pero Pablo nos asegura

también que cuando Cristo viene en la palabra es para ofrecer la salvación gratuita a todos. *Todo el que cree en Cristo no será avergonzado.*

Queremos fijar nuestra atención ahora en la pequeña palabra “todos”. “Porque la Escritura dice: Todo *aquel que cree en él no será avergonzado*”. Esta palabra no excluye a nadie. No habla de obras. No habla de esfuerzos humanos. No habla de otra cosa sino creer en Jesucristo, y garantiza que la persona que lo hace no será desilusionada, no será avergonzada, ni en el gran día del juicio final. Esa palabrita “todos” es el sello de garantía de que tú y yo, no importa cuán grandes han sido nuestros pecados, no importa cuánto tiempo hemos sido incrédulos, al creer en Jesucristo podemos tener la absoluta seguridad de la salvación. ¿O creemos, frente a esta palabra, que aun así Dios dirá a ti, pero a ti no? Amigos, cuando Cristo viene en su palabra y ofrece la salvación gratuita basada en el mérito de su propia muerte y resurrección, viene con sinceridad para realmente ofrecer la salvación a todos. Porque **todo** el que confía en él no será avergonzado.

Esto se aplica a los gentiles. Esto se aplica igualmente a los judíos. No hay dos caminos de salvación, una por obras y la otra por la fe en Cristo. Hay solamente uno, y está abierto para todos. Así todo el que invoque a Cristo-Jehová será salvo.

Pablo termina con una cita del libro de Joel. “Porque *todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo*”. Otra vez, esa palabra “todos”. El que invoca el nombre de Jehová, que Pablo aquí hace equivalente a invocar a Cristo, será salvo. Invocar sencillamente significa clamar a alguien por ayuda y salvación. Implica la esperanza de que tal persona escuchará y responderá. Quienquiera que oye la palabra de fe, cualquiera que pone su confianza en Jehová, dice Joel, en Cristo, dice Pablo, será salvo. Encontrará que Dios no está lejos, sino que realmente está en su corazón y en su boca, con todo su consuelo, perdón y salvación. En esta estación de la Cuaresma, en la Semana Santa, y durante el año entero, en los cultos y las clases bíblicas, está presente esta palabra de fe, y con ella, nuestro Salvador. Oigamos siempre, con atención y fe, esta palabra. Que la palabra de Dios more en nosotros en abundancia. Amén.